

con suma violencia y de dirigir su odio con terrible calma.

Por el momento no odiaba á nadie. Había recobrado su calma, dulcificándose la irritación que le había producido la intrusión del apuesto Fernando en la existencia de su madre y en la suya. La ausencia había favorecido al intruso. Había ganado mucho, desvaneciéndose su presencia en las medias tintas del recuerdo. Alguna vez se acordaba de él con disgusto la joven, y pensaba:—“Volverá por aquí el día menos pensado.” Pero no quería preocuparse antes de tiempo, y procuraba olvidarle. En cuanto á su madre, la compadecía sinceramente. Esperaba con pena que la vería desgraciada, y estaba resuelta á darle, en ese caso, pruebas de su verdadero cariño.

Era muy particular: á medida que pasaba el tiempo y razonaba Edmea con más juicio, se enfriaba en ella la exaltada devoción de que dió evidentes muestras desde su primera comunión. No había abandonado las prácticas religiosas, pero practicaba más por principio de su educación que por deseo espontáneo. Había confiado al Cura el estado de su alma, dando ocasión esta circunstancia á grandes controversias entre los dos. No podía admitir toda la parte misteriosa y milagrosa de la religión.

Pensaba que entre los hechos materiales sobre que se funda la doctrina cristiana, y las consecuencias morales que la enseñanza religiosa pretende deducir, existía una notable carencia de proporciones. El buen clérigo le decía afectuosamente:

—Mi amada señorita, no discuta Ud.; crea.

Y ella contestaba:

—Pero no puedo creer lo que no comprendo. Y no hay medio de comprender sin discutir.

El anciano entonces le daba un suave golpecito con los dedos en la mejilla, y con un acento de cariñosísima reconvención, le decía:

—Pero, hija, si es Ud. en el fondo una hereje... ¡Y pensar que he sido yo el que la he enseñado!... Esto desconsuela... Se ha apoderado de Ud. el espíritu de la rebeldía y del orgullo... Procure Ud. lanzarlo de sí... Sea Ud. humilde... No levante Ud. los ojos para ver más arriba del cielo... No quiera Ud. conocer lo que el Señor no ha querido descubrir... Somos tan pequeños y tan miserables, comparados con el infinito, que es una soberbia abominable pretender penetrar su secreto. Ignoramos casi todo en las cosas de nuestro mundo perecedero, y queremos que nos sea revelada la gran fuerza del Eterno. Con nuestros ojos apenas distinguimos en los

aires algunos astros, y existen millones que no vemos... y, sin embargo, no negamos su existencia. ¿Por qué hemos de dudar de lo que nuestra limitada inteligencia no alcanza á comprender?...

Conversaban así frecuentemente los dos por la noche, paseando despacio por las avenidas del parque ó por las lindes del camino. Sobre sus cabezas, el cielo, como para confirmar las palabras del creyente clérigo, estaba tachonado de estrellas. El orden admirable del universo se manifestaba en toda su majestuosa serenidad. Y Edmea callaba para no afligir á su anciano amigo, no queriendo decirle que las prácticas humanas eran tan mezquinas en su pretendida solemnidad, los razonamientos humanos tan débiles, que la desviaban de la religión enseñada, y la llevaban á una especie de religión natural, mal avenida con las puerilidades del culto, pero llena de admiración hacia la creación y de adoración para el Creador.

El Cura le llevaba libros que, decía, la debían convencer. Ella los leía á conciencia, y no podía menos de sorprenderla la insignificante minuciosidad de la argumentación, el poco vuelo de las tendencias, por el prurito de empequeñecer el debate, fundando toda la religión en la observancia de las reglas, en la aceptación

de los ritos, en vez de ensancharla y engrandecerla, y mostrarla profunda como el infinito é inmensa como la eternidad. Era una religión hecha á la altura de los hombres y no á la de Dios, una religión que podía vestirse como una casulla para servirse de ella.

—¿Sabe Ud.—decía alguna vez el Cura—que con esas ideas se va Ud. acercando terriblemente á los protestantes?

—No me agradan—contestaba Edmea.—Su seco formalismo y su austero pedantismo, me son antipáticos.

Y se echaba á reir, y añadía:

—No se canse Ud. en clasificarme, padre mío, y no me haga Ud. caso. No soy, en resúmenes cuentas, más que una joven mal educada y que no sabe lo que quiere.

En su conciencia había, sin embargo, dudas y confusiones. Demasiado pronto había empezado á razonar sobre asuntos graves. Le había faltado la dulce y tranquila seguridad de los niños dichosos, que no se ven obligados á pensar prematuramente, á concentrar y conservar dentro de sí mismos pesadumbres demasiado fuertes para su debilidad. En su cerebro se había elaborado un trabajo íntimo que la había fatigado á lo menos, ya que no trastornado enteramente, y no tenía esa frescura deliciosa de

la juventud, exenta de cuidados y de penas.

Las cartas que su madre le escribía eran ya menos frecuentes y menos entusiastas, y contenían reticencias que denotaban cansancio y acaso sentimientos de pena... Se adivinaba el esfuerzo de una mujer que no era completamente dichosa, y quería hacerse todavía ilusiones. La embriaguez de los primeros meses parecía haber concluido; había sido un hermoso día sin mañana siguiente. Siempre los mismos ditirambos sobre la vida alegre, pero no se sentía la vibración sincera, y se adivinaba lo que todavía se quería ocultar. Ya se mencionaba poco al señor de Ayères, de cuyos triunfos se hacía un secreto, como si estos triunfos no lisonjeasen ya á su mujer. La fatiga se revelaba en aquellas cartas, que contenían recuerdos de los pacíficos parques de Croix-Mort, "que debían estar muy hermosos en la primavera", y que ya, por lo visto, no era todo aquello, á juicio de Regina, "el triste desierto, donde se veía rodeada de gente rústica."

En efecto: volvía la primavera con su tibio y suave sol y sus delicados perfumes. Los espinos blancos florecían, y la madre selva embalsamaba el ambiente. Delante de la ventana de Edmea tomaba redonda y esbelta forma un arbusto de rosas, que, lleno de tiernos y vivos

capullos, parecía un enorme ramo de novia puesto sobre el césped por un gigante enamorado. La naturaleza sacudía su letargo y palpitaba, activando los gérmenes y desarrollando la savia. El viento era acariciador; la lluvia, dulce y templada, y la tierra tibia, vibrante, esparcía un fuerte olor muy agradable...

En su cochecillo, arrastrado por el viejo *poney*, la señorita de Croix-Mort, sumida en una especie de delicioso letargo, volvía á recorrer los bosques. Y cuando iba más descuidada por un camino pedregoso, lleno de baches por efecto del paso frecuente de las pesadas carretas de los carboneros, veía á Juan Billet salir de entre los arbustos, con su escopeta á la espalda, como uno de los genios familiares de la espesura. Se acercaba, loco de contento, porque iba á tener algunas horas á la señorita en los que consideraba sus dominios. Con mano vigorosa empujaba el carruaje, excitando al caballo con un grito agudo, que daba singular energía al animal. Y no había remedio: era preciso que Edmea se apease, para ir, en el sitio reservado que Billet les había preparado, á ver á los faisanes polluelos que sus madres estaban criando. Avanzaban los dos de puntillas, y Billet decía bajito á la señorita:

—Mire Ud., mire Ud... ahí está una... Mire

usted... la gran pícara se está entre las hierbas... pero, ojo alerta... No crea Ud. que le gusta que vengamos á sorprenderla... Pero acérquese usted, que no se moverá... porque en viéndome á mí... á mí todas me conocen... Dejo al perro en casa, para que no me las espante; porque... como al cabo es un animal, no tiene, digo yo, el conocimiento que tenemos nosotros, y no sabe si hace bien ó hace mal... y luego que, como acostumbrado á la caza... en viendo él gente de pluma y de pico... ya está encima el condenado.

El guarda se acercaba á la madre, cuyo plumaje se erizaba de horror; silbaba suavemente para calmarla, y el animalito quedaba inmóvil como por una especie de influencia magnética, y Billet le decía, como si le entendiera:

—Vamos, vamos; no te asustes... y no te muevas... que aquí estoy yo para que nadie venga á estorbarte...

Ibanse luego, bañados por el sol... ese sol que entumece y hace sentir en los brazos y las piernas cierta pesadez. Billet, al paso, cogía flores del campo de perfume delicado, y sin hacer caso de las espinas, que no se clavaban en sus endurecidas manos, formaba un bonito ramo. La tierra húmeda ensordecía el ruido de

las ruedas del coche; avanzaban así en silencio, ella en el carruaje ya, y él á pie, al estribo, como un caballero sin caballo, y en un recodo, Billet, extendiendo silenciosamente el brazo, señalaba á Edmea un ciervo, parado, firme y arrogante, sobre sus delgados remos, mirando asombrado, inquieto, aspirando el aire puro con su negro hocico, y moviendo las orejas receloso, al ver aquellas extrañas figuras que invadían su terreno. El animal daba un salto, internábase en el monte, y se alejaba, dando resoplidos, bramando casi con cólera. Durante estos paseos, escoltada por el bravo Billet, sin tener que hablar si no quería, volvía á encontrar la hija de Regina el libre abandono, la independencia de sus primeros años; olvidaba sus preocupaciones, sus cuidados y volvía á su casa deliciosamente impregnada en la tranquilidad y la frescura de los bosques.

Había sucedido el estío á la primavera. La señora de Ayères, cuyas cartas cada vez eran menos frecuentes y más lacónicas, estaba en Trouville, con todo su séquito mundano, cambiando de traje cuatro veces cada día; yendo al casino, haciendo excursiones á caballo, en *yacht*, en *mail-coach*, y arrastrando por la arena de la playa, como antes la había arrastrado

por el polvo de París, la pesada cadena de la vida elegante. Á principios de Agosto, Regina escribió pidiendo informes acerca del estado de la caza, y dando á su hija instrucciones, que debía comunicar al guarda.

La joven se estremió. Aquel era un síntoma evidente de un próximo regreso á Croix-Mort. Dentro de pocas semanas se abriría la caza, y ya sabía ella que el señor de Ayères era cazador. Había en Croix-Mort y en *La Vignerie* siete ú ochocientas hectáreas de terreno asombrosamente provisto de caza, gracias á la feroz vigilancia de Billet. La Baronesa escribió: "Manda, hija mía, que se abra todo en el castillo; entérate de si todas las habitaciones están bien dispuestas y provistas de todo, y si falta mobiliario, para llevar lo preciso de *La Vignerie*. Probablemente tendremos huéspedes en Croix-Mort."

¡Gente extraña en Croix-Mort! Esta noticia produjo profunda impresión en Edmea. Aquella gente que aborrecía, que le había robado á su madre, iba ahora á buscarla en su mismo retiro. Ella no había querido entrar en el mundo, y el mundo llegaba ahora, con todos sus chismes y cuentos, con sus galas de oropel, sus cascabeles, bullicioso, refinado, inquieto, perturbador, desordenado, á instalarse en su tran-

quila casa, con el hermoso Fernando comandando la tropa de locos y locas. Primero tuvo miedo. ¿Sabría resistir al contagio del placer que tan pronto y tan completamente se había apoderado de su madre? ¿Cómo podía evitarse esa gangrena elegante que todo lo invade? Tenía que vivir en la enervante atmósfera en que la iban á envolver todas aquellas personas del gran mundo. No sintió el orgullo de creer que su buen juicio la ponía á cubierto de todo riesgo. No se juzgó tan fuerte. Por otra parte, una singular palpitación conmovía su corazón al considerar qué movimiento alegre, animado, violento, invadiría las vastas habitaciones de la residencia silenciosa, como si la sangre de su padre se agitase en sus venas.

Dió las órdenes que su madre disponía, y cuidó de que todo se hiciera como aquella prevenía. Quiso que el aspecto fuese agradable. Los jardinillos se llenaron de flores artísticamente agrupadas. Se renovó la arena de la terraza, y todas las hierbas que crecían á la sombra de la balaustrada desaparecieron. Los antiguos muebles del salón aparecieron sin sus fundas, y las lunas de Venecia reflejaron nuevamente las puras y claras aguas del estanque. Antes de que llegaran los parisienses, ya parecía que había fiesta en el castillo, que ofrecía en todos sus

detalles un aspecto muy diferente del que hasta entonces había tenido.

La turbación que sentía, y que en vano procuraba dominar, preocupaba mucho á la joven. Preguntábase si iba á vivir ahora en aquel estado de agitación y de inquietud. Y esta agitación debía ser profunda, porque no la podía disimular. El Cura, á pesar de que el pobre no tenía mucha perspicacia, le dijo sencillamente:

—La encuentro á Ud. muy variada. En esa cara adivino una inquietud que hasta ahora nunca he advertido en Ud... ¿Se siente usted mal?

—No; es sólo un poco de cansancio;—contestó evasivamente;—es una empresa muy ardua, cuando no se tiene costumbre, esto de poner una casa en disposición de recibir convidados.

—¡Qué mudanza vamos á ver aquí, mi amada señorita!—exclamó suspirando el buen hombre.—Se acabaron nuestras reposadas conferencias de los domingos después de comer... En medio de todas las distracciones que ahora va usted á tener, ya no podrá Ud. pensar en su buen amigo... Pero no me quejo, no. Debe usted divertirse... Es propio de su edad.

Edmea no contestaba, no atreviéndose á

confiarle sus temores, y comprendiendo que no podía pedir un consejo á aquel hombre ingenuo y sencillo. Billet, estimulado por su olfato de salvaje, había penetrado más adelante que el Cura en los pensamientos de su ama. Desde el día en que por ella había sabido que volvía el señor de Ayères, no hablaba palabra, pero sus ojos declaraban todo lo que callaba. La caza, á pesar de su celo, no le preocupaba. No pensaba que su caza, que amaba como el avaro ama el oro, iba á caer en una y otra hecatombe bajo el plomo de los parisienses, como decía con desprecio. No pensaba más que en Edmea; venía dos ó tres veces al día al castillo, con cualquier pretexto, y esperaba, con los brazos cruzados, una palabra, una mirada, un mandato, una confidencia. Era la suya la lealtad cariñosa del perro echado á los pies de su amo. No tuvo más que un movimiento de rebeldía: cuando Edmea le entregó un uniforme de paño verde con vivos rojos, que llegaba de París para él, y que el señor de Ayères quería que en lo sucesivo vistiera siempre el guarda. Dió vuelta primero en sus manos al traje, y luego, arrojándolo sobre un banco, exclamó:

—¡Quiere que me ponga una librea, como un lacayo, y con su cifra en los botones! ¡Ah!

¡Ah! Estaría bueno que Juan Billet á sus años se vistiera de máscara. No, no; lo que es *su* bonita casaquilla no soy yo quien se la pone.... Pues si me presentara yo en mis bosques y en mis montes vestido de esa manera, no me conocerían mis animales y echarían á correr, diciendo : ¿Quién será este espantajo?....

—No debes desobedecer, Billet,—dijo Edmea—y has de hacer lo que él te manda.

—¿Pero Ud. cree que yo puedo vivir metido en esa levita apretada?....

—Si te aprieta, yo misma la ensancharé donde sea preciso.

Movió la cabeza pensativa, y prosiguió:

—Billet, hay muchas cosas que nos molestan, y sin embargo tenemos que sufrirlas.

Al oír estas palabras, en los ojos pajizos de Billet brilló un rayo de luz, como si su alma saliera á sus ojos. Se acercó, y haciendo ademán de ponerse de rodillas, y en voz baja, dijo á su ama:

—Perdón, señorita Edmea, si la he disgustado.... Ya tiene Ud. bastantes pesares, sin que yo, bruto, también....: tiene Ud. razón; hay cosas que molestan y hay que sufrirlas.

Y cogiendo de buen grado la librea, y con ella bajo el brazo, se alejó.

VIII

Dos días después, el Barón y la Condesa de Ayères debían llegar á la hora de comer. Edmea envió un coche á la estación del ferrocarril. Con los ojos húmedos y el corazón palpitante, Edmea, en la escalinata, veía venir al trote el *break* por la larga calle de tilos. Mientras el carruaje daba la vuelta al patio, la joven en medio de la obscuridad que empezaba ya á envolverlo todo en sombras, quería conocer á su madre, pero no veía más que negras siluetas inmóviles. El coche se detuvo al pie de la escalinata, y envuelta la cabeza en encajes, cubierta con un ancho abrigo de viaje, apareció la primera una mujer, cuyo rostro pálido, de hundidas mejillas, produjo en Edmea una impresión de estupor. Edmea la cogió en brazos en el estribo como si fuera una niña, tan poco pesaba, y la estrechó contra su corazón con verdadero enternecimiento, repitiendo: